

Fundación Jubileo

POR EL CUIDADO de la casa común

5 CLAVES PARA LA ACCIÓN EDUCATIVA Y PASTORAL

Experiencias educativas y pastorales acompañadas por Fundación Jubileo en Bolivia
Una publicación para comunidades educativas y espacios pastorales

Fundación JUBILEO

DIRECTOR:
Juan Carlos Núñez V.

COORDINACIÓN:
Herbert Irahola F.

ELABORACIÓN:
Ima Aillón V.

EDICIÓN:
Jorge Jiménez J.

DIRECCIÓN:
Calle Quintín Barrios Nº 768

TELÉFONO:
(591-2) 2125177 – 2154641

CORREO ELECTRÓNICO:
fundajub@jubileobolivia.org.bo

Con apoyo de:
DIÓCESIS DE HILDESHEIM

2026

CONTENIDO

PRESENTACIÓN 3

1. TODO ESTÁ CONECTADO 7
La vida se sostiene en la interdependencia 8
La Creación es más que naturaleza 9
Una Creación marcada por la comunión: Dios, el prójimo y la Tierra 9
La ilusión de la autosuficiencia 10

2. EL CLAMOR DE LA TIERRA Y EL GRITO DE LOS POBRES 13
La degradación de la Tierra y la degradación humana ocurren simultáneamente 14
Los costos de la crisis no se distribuyen de manera equitativa 15
Cuando un territorio se considera solo como un recurso 16
Un solo corazón, una sola responsabilidad 17
La Tierra es un bien común 17

3. EL PARADIGMA TECNOCRÁTICO Y LA CULTURA DEL DESCARTE 20
Cuando la técnica deja de ser solo una herramienta y se convierte en una forma de pensar 21
No todo incremento de poder significa progreso 21
Una lógica que también organiza la economía 23
De la lógica del uso a la cultura del descarte 23
Cuando descartamos objetos, también descartamos personas 25
El desafío de guiar nuestro poder 26

4. LA CONVERSIÓN ECOLÓGICA 29
Convertir nuestra manera de mirar y de vivir 29
Una transformación que comienza en el corazón, pero no termina allí 31
De la transformación personal a la transformación cultural 32
Una conversión para el bien común 33
Educar para una conversión que transforme 33

5. ECOLOGÍA INTEGRAL 37
Una mirada capaz de ver el conjunto 37
El ser humano dentro de la Creación 38
Una solidaridad que alcanza a toda la comunidad de vida 39
Una ecología que también es económica, social y cultural 40
La justicia como parte del cuidado de la Creación 41
Una cultura ecológica necesita un nuevo modo de pensar 42
Habitar la Casa Común 43

MATERIALES Y RECURSOS DE APOYO 46

PRESENTACIÓN

> *"La esperanza nos invita a reconocer que siempre hay una salida, que siempre podemos reorientar el rumbo, que siempre podemos hacer algo para resolver los problemas".*
> Encíclica Laudato si', 61

En Bolivia y el planeta atravesamos por una crisis socioambiental que está cambiando las condiciones en las que vivimos. El cambio climático, la pérdida de bosques y biodiversidad, la contaminación y la degradación de los ecosistemas no son problemas exclusivamente ambientales ni realidades alejadas de nuestra cotidianidad. Podemos ver sus efectos en nuestros territorios, nuestra salud y en los medios de vida de las personas. Además, podemos comprobar cómo todo esto afecta con mayor intensidad a quienes se encuentran en situación de vulnerabilidad.

La crisis climática no es una amenaza futura ni un escenario hipotético que podamos seguir postergando. El año 2024 se ha registrado como el más cálido desde 1850. Según la Organización Meteorológica Mundial (OMM), la temperatura global media llegó a 1,55 °C por encima del promedio del período 1850-1900. El Panel Intergubernamental sobre Cambio Climático (IPCC) confirma que este calentamiento es causado, sin duda, por las actividades humanas que producen gases de efecto invernadero (GEI). A principios de noviembre de 2025, a días de la Conferencia de las Partes sobre Cambio

Climático (COP30), el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente advirtió que superar el límite de 1,5 °C es casi inevitable durante la próxima década. El propio secretario general de la ONU, António Guterres, "pidió a todos los gobiernos adoptar planes nacionales para abandonar progresivamente los combustibles fósiles, alineados con el objetivo de 1,5 °C y con protección para los trabajadores y las comunidades afectadas"[1].

A esta crisis se suma la contaminación que generan nuestros modelos de producción y consumo. Cada año se producen más de 400 millones de toneladas de plástico en el mundo. Una parte importante de estos residuos permanece por períodos muy largos en el ambiente[2], fragmentándose en microplásticos y nanoplásticos (partículas diminutas) que contaminan el suelo, el agua y entran en las cadenas alimenticias de animales, y a través de ellos también llegan al cuerpo humano. Los plásticos también sirven de materia prima para la producción de ropa. Cada año se generan aproximadamente 92 millones de toneladas de residuos textiles, y entre los años 2000 y 2015, la producción mundial se duplicó, mientras que su vida útil disminuyó en 36%. Estas cifras muestran claramente que el deterioro del medio ambiente es el resultado de decisiones muy concretas sobre cómo producimos, qué consumimos y cómo desechamos.

> En Bolivia, durante el año 2024 se perdieron aproximadamente 1,8 millones de hectáreas de bosque, de las cuales cerca a 1,5 millones son bosques primarios[3], principalmente debido a incendios forestales. Se trata de bosques que no pueden recuperar la riqueza y diversidad biológica que han desarrollado durante siglos. Esta pérdida no solo empobrece la biodiversidad del planeta, también pone en riesgo la vida de las comunidades que dependen de estos bosques para su subsistencia.

Nuestra primera reacción es asumir que esta problemática le corresponde a la ciencia, a la política o a las corporaciones multinacionales que más contaminan, y que la fe cristiana tiene poco que aportar. Sin embargo, la tradición bíblica enseña que la relación del ser humano con la naturaleza, el prójimo y con

1 Fuente: https://news.un.org/es/story/2026/09/1541943

2 "La degradación de los plásticos ocurre a través de procesos físicos, químicos y biológicos, pero es extremadamente lenta y varía según el tipo de plástico y las condiciones ambientales. Los plásticos más comunes, como el polietileno o el polipropileno, pueden llegar a tardar entre 500 y 1.000 años en degradarse por completo en vertederos o ambientes naturales debido a su resistencia a la composición". Fuente: https://www.nationalgeographic.com.es/medio-ambiente/preguntas-y-respuestas-sobre-plasticos_22266

3 "Los bosques primarios son bosques con procesos de regeneración natural compuestos de especies arbóreas nativas donde no existen indicios evidentes de actividades humanas y los procesos ecológicos no han sido alterados de forma significativa". Fuente: https://openknowledge.fao.org/server/api/core/bitstreams/9a93066f-96b0-4cb4-994d-8936f2193f49/content/FRA-2025/forest-characteristics.html#primary-forest

Dios están profundamente unidas, y que el deterioro de una de ellas termina afectando a las demás. Por eso, el cuidado de la Casa Común no es una preocupación añadida al Evangelio, sino una exigencia que nace de él.

En este contexto, el Papa Francisco publicó la encíclica Laudato si´ el año 2015, sobre el cuidado de la Casa Común. Este documento no se limita a describir la crisis socioambiental, sino que invita a ver al ser humano como un ser relacional, a la realidad como un todo indivisible, y a comprender que la crisis ambiental no está separada de la crisis social, y que el verdadero cuidado de la Creación es inseparable de la justicia con los más pobres.

Leer la realidad desde esta perspectiva exige el desarrollo de lo que podría llamarse "una conciencia ecoteológica y ecoética"; es decir, reconocer a la Creación como don de Dios y no como un recurso disponible, y actuar con responsabilidad en el cuidado de la Casa Común. En este contexto, conocer los datos de la crisis y lamentarnos por sus consecuencias no es suficiente. Realizar actividades eventuales como la limpieza de ríos o ferias de concientización en fechas específicas tampoco basta. Es necesario dar un paso más, un salto de la información hacia una nueva sensibilidad que nos permita mantener cambios duraderos y sostenibles en nuestros estilos de vida, en nuestra relación con la Creación y con Dios.

Esta cartilla ha sido elaborada por el equipo técnico de Fundación Jubileo, en el marco del proyecto "Itinerarios Formativos en Ecología Integral", con apoyo del Fondo de la Casa Común de la Diócesis de Hildesheim – Alemania. Este documento está dirigido a profesores y agentes pastorales para aportar a su labor educativa y en el acompañamiento a las comunidades ofreciendo un camino de reflexión para que el cuidado de la Casa Común se convierta en una expresión concreta de nuestra fe.

En este sentido, la cartilla se ha estructurado en cinco claves que intentan explicar las dimensiones del cuidado de la Casa Común. La primera, **"todo está conectado"**, nos ayuda a recuperar una mirada de conjunto de la realidad frente a la fragmentación que no nos permite reconocer la interconexión y la interdependencia que hace posible la vida.

La segunda clave, **"el clamor de la Tierra y el grito de los pobres"**, nos ayuda a conectar la crisis ambiental con la crisis social, reconociendo que no se trata de problemáticas separadas, sino de una sola. De esta manera, podemos ver que el deterioro y la degradación del medio ambiente no afectan a

todos por igual, sino que golpea con mayor fuerza a las comunidades más pobres y a los países con menos capacidad para enfrentar los efectos.

La tercera clave permite comprender que la crisis socioambiental va más allá de una decisión personal o comunitaria, responde a un **"paradigma tecnocrático"** ampliamente extendido y a una lógica de consumo y **"cultura del descarte"** profundamente internalizadas en nuestros estilos de vida y las formas de producir.

Ante esta realidad, la encíclica propone dos alternativas, la primera es la **"conversión ecológica"**, que apunta a la transformación personal y comunitaria para elegir y adoptar nuevas formas de vivir, consumir y de relacionarnos con los demás y con la Creación. Por otro lado, propone la **"ecología integral"** como concepto que reúne todas las claves anteriores y ayuda a comprender que ninguna solución a la crisis será efectiva si proviene de una sola dimensión. Lo ambiental está íntimamente relacionado con lo social, económico, político, cultural y espiritual y, por tanto, el abordaje también debe reconocer esta complejidad para plantear alternativas integrales.

Finalmente, cuando la crisis nos golpea con dureza y parece que no hay nada que podamos hacer para cambiar la situación, el desánimo y el pesimismo podrían invadirnos; pero Francisco nos recordó en la encíclica que: *"no todo está perdido, porque los seres humanos, capaces de degradarse hasta el extremo, también pueden sobreponerse, volver a optar por el bien" (LS, 205).*



CLAVE 1

TODO ESTÁ CONECTADO

> *"Todo está conectado. Por eso se requiere una preocupación por el ambiente unida al amor sincero hacia los seres humanos y a un constante compromiso ante los problemas de la sociedad".*
> (Laudato si´, 91)

Cuando observamos un incendio forestal, el desborde de un río, la contaminación de los cuerpos de agua, las granizadas o las intensas lluvias que provocan inundaciones, tendemos a pensar en cada una de estas situaciones como si se tratara de un problema particular. Sin embargo, estos no son hechos aislados, sino que forman parte de una trama de relaciones mucho más amplia. Por ejemplo, la construcción de una carretera puede afectar a un bosque y, con ello, a la biodiversidad, a la permeabilidad de acuíferos y a los medios de vida de una comunidad que habita en ese territorio. Otras actividades humanas, como la minería del oro, pueden generar residuos que se expanden a través de la cadena alimentaria y terminan afectando a la salud de personas que nunca participaron en esa actividad extractiva. Por esto el Papa Francisco planteó la necesidad de recuperar la visión de conjunto para tomar conciencia de que *"cualquier acción sobre la naturaleza puede tener consecuencias que no advertimos a simple vista"* (LS, 41).

La fragmentación de la realidad es un mecanismo o estrategia cerebral que permite procesar la complejidad del mundo que nos rodea. Para asimilar y comprender la realidad se necesita dividirla en partes (disciplinas, especialidades, saberes). La dificultad surge cuando cada una de estas partes se encierra en sí misma y se pierde la mirada integral. Esta división de la realidad para comprenderla no es mala en sí misma. El Papa señaló

que "*la fragmentación de los saberes cumple su función a la hora de lograr aplicaciones concretas, pero suele llevar a perder el sentido de la totalidad, de las relaciones que existen entre las cosas, del horizonte amplio, que se vuelve irrelevante*" (LS, 110).

La vida se sostiene en la interdependencia

La interconexión es una característica intrínseca a la vida misma: ningún ser vivo puede existir apartado de los demás; toda la vida depende de un conjunto de relaciones que la sostienen. Las palabras de Francisco fueron claras: "*La interdependencia de las criaturas es querida por Dios [...] ninguna criatura se basta a sí misma, [...] no existen sino en dependencia unas de otras para complementarse y servirse mutuamente*" (LS, 86). Los seres humanos también dependemos de otras especies y de procesos naturales que muchas veces damos por sentados. Olvidamos, por ejemplo, que necesitamos beber agua para vivir y que la tierra produce los alimentos que nuestros cuerpos necesitan. La vida humana está inseparablemente vinculada a las condiciones que permiten la vida en la Tierra; por eso no podemos existir al margen de la naturaleza y, al mismo tiempo, nuestras acciones tienen repercusiones sobre ella.

"Cualquier acción sobre la naturaleza puede tener consecuencias que no advertimos a simple vista, y que ciertas formas de explotación de recursos se hacen a costa de una degradación que finalmente llega «hasta el fondo de los océanos»" (LS, 41).



La Creación es más que naturaleza



En la tradición cristiana, la Creación no es solamente la naturaleza, sino también: *"un proyecto del amor de Dios donde cada criatura tiene un valor y un significado"* (LS, 76). Al hablar de la Creación, nos referimos a todo aquello que tiene su origen en Dios y que, por tanto, tiene un valor que no depende de la utilidad que pueda tener para nosotros.

Un ejemplo que ilustra esta idea son las consecuencias de los incendios forestales de 2024 en la Amazonía. Se estima que provocaron la pérdida de alrededor de 40.000 especies de insectos por hectárea de bosque quemado. La pérdida de esta gran cantidad y diversidad de invertebrados tiene un efecto negativo en procesos naturales, como en la polinización y el control de plagas, y ponen en riesgo otros equilibrios sin los cuales la existencia de otras especies de este ecosistema se vuelve imposible[4]. Es muy probable que la gente que vive en las ciudades no comprenda el grave daño que supone la pérdida de insectos para el ecosistema. Por eso, la encíclica recuerda que *"todas las criaturas están conectadas, cada una debe ser valorada con afecto y admiración, y todos los seres nos necesitamos unos a otros"* (LS, 42).

Esta percepción del mundo trae consigo un nuevo entendimiento de la relación entre los seres humanos y todo lo que ha sido creado. Cuando la Creación se considera un don, ya no puede ser vista como un recurso disponible para la explotación: *"Las criaturas de este mundo no pueden ser consideradas un bien sin dueño: "Son tuyas, Señor, que amas la vida" (Sb 11,26). Esto provoca la convicción de que, siendo creados por el mismo Padre, todos los seres del universo estamos unidos por lazos invisibles y conformamos una especie de familia universal, una sublime comunión que nos mueve a un respeto sagrado, cariñoso y humilde"* (LS, 89).

Una Creación marcada por la comunión: Dios, el prójimo y la Tierra

La Creación nace del amor del Padre, él es la fuente y el fundamento de todo lo que existe. Al encarnarse y entrar en nuestra historia, el Hijo se hace uno con la condición humana y queda irreversiblemente unido a la realidad de este mundo, dando así valor a todo lo que el Padre ha creado. El Espíritu Santo

4 https://anabolivia.org/zumbidos-convertidos-en-cenizas-las-consecuencias-de-los-incendios-en-las-poblaciones-de-insectos-de-bolivia/. Fuente consultada el 15 de septiembre de 2026.

"Todo está conectado. Si el ser humano se declara autónomo de la realidad y se constituye en dominador absoluto, la misma base de su existencia se desmorona, porque, «en vez de desempeñar su papel de colaborador de Dios en la obra de la Creación, el hombre suplanta a Dios y con ello provoca la rebelión de la naturaleza»" (LS, 117).



es el lazo infinito de amor entre el Padre y el Hijo, la fuerza vital que late en el corazón del universo, que impulsa el movimiento y abre caminos. Esta comunión refleja en la Creación una realidad relacional: una comunión en la diversidad que constituye una unidad perfecta.

Por esta razón, el ser humano no está separado de la Creación: forma parte de ella y necesita de ella para su existencia. Pero, además, por su condición de ser relacional, necesita estar en comunión con sus semejantes (el prójimo) y con Dios.

Estas tres relaciones son inseparables. Cuando se produce un quiebre entre el ser humano y Dios, este se manifiesta en la pretensión de autosuficiencia. La ruptura con el prójimo se expresa en la indiferencia, la desigualdad y la explotación. La fractura de la relación con la Tierra se muestra en los elevados niveles de contaminación del medio ambiente, en la pérdida de biodiversidad y la destrucción de ecosistemas.

El Papa explicó que *"esta ruptura es el pecado"* (LS, 66); por eso es urgente comprender que el cuidado de nuestra propia vida depende de nuestra relación con la naturaleza y que ésta es *"inseparable de la fraternidad, la justicia y la fidelidad a los demás"* (LS, 70).

La ilusión de la autosuficiencia

Cuando Francisco nos dijo que "todo está conectado" y que los seres humanos somos parte de la Creación, está cuestionando la pretensión de superioridad que tiene la humanidad: *"Todo está conectado. Si el ser humano se declara autónomo de la realidad y se constituye en dominador absoluto, la misma base de su existencia se desmorona"* (LS, 117). Esta sensación de autosuficiencia se manifiesta cuando se percibe a la naturaleza como un "recurso disponible" sin límites para nuestro propio beneficio. También se refleja en la vida cotidiana cuando olvidamos que nuestra existencia depende de innumerables relaciones con la naturaleza y con el prójimo.

Si bien los seres humanos tenemos un valor "peculiar" en la Creación, esto no significa que seamos superiores ni que estemos por encima de ella. Por el contrario, esta cualidad *"implica, al mismo tiempo, una tremenda responsabilidad"* (LS, 90). De igual manera, ningún ser humano es más que

otro: todos somos iguales en dignidad y debería escandalizarnos que parte de la población mundial viva en condiciones de pobreza y extrema pobreza.

"La interdependencia nos obliga a pensar en un solo mundo, en un proyecto común" (LS, 164).

La interdependencia es una condición de nuestra existencia. Nos necesitamos unos a otros y dependemos de la naturaleza porque es el único lugar donde existimos. La forma en que nos relacionamos y habitamos la Tierra determina cómo la modificamos diariamente y las condiciones en las que la dejaremos para las próximas generaciones. Por eso es tan importante asumir con responsabilidad nuestra relación con la naturaleza y con el prójimo.

¿QUÉ SIGNIFICA ESTO PARA NUESTRA TAREA?

Para quienes educan y acompañan a comunidades, asumir esta mirada implica evitar que la perspectiva ecológica quede reducida a un tema particular, una fecha específica del calendario o una actividad puntual.

Desde el punto de vista educativo, implica promover que los estudiantes comprendan que la realidad no está dividida en compartimentos estancos. La educación debe promover que niñas, niños, adolescentes y jóvenes tomen conciencia de la interrelación e interdependencia entre las dimensiones que están detrás de un problema ambiental. Asimismo, es necesario llevar esta reflexión al plano personal, para comprender que nuestras decisiones y acciones, aunque sean simples y cotidianas, afectan nuestro medio ambiente y que sus efectos, aunque no sean inmediatos, se manifiestan a mediano o largo plazo.

Para los agentes pastorales, significa que el cuidado de la Creación no debe entenderse como un tema añadido a la misión de la Iglesia. Acompañar a las personas y a las comunidades también requiere tomar conciencia de las condiciones ambientales en las que se encuentran y de los peligros que amenazan su salud, seguridad alimentaria y su acceso al agua, entre otros. Requiere también reconocer las condiciones sociales y económicas que pueden hacerlos vulnerables, como las dificultades que surgen en la producción local o en las actividades económicas de las cuales dependen para vivir. Desde esta perspectiva, escuchar a una comunidad también implica escuchar su territorio, es decir, conocer el lugar donde viven, los cambios que está experimentando y los problemas socioambientales que lo afectan y que, por tanto, afectan también a quienes lo habitan.

¿QUÉ PODEMOS TRANSFORMAR?

Lo primero que necesita una transformación es nuestra forma de mirar lo que ocurre en nuestro entorno. Estamos acostumbrados a analizar los problemas de manera fragmentada, sin percibir suficientemente las relaciones que existen entre ellos. Un problema como el del medio ambiente, por ejemplo, siempre tendrá aspectos socioculturales, económicos y políticos que ya no podemos dejar de lado.

En la práctica educativa y pastoral, tenemos que reflexionar sobre la forma en la que planteamos los problemas y preguntarnos si estamos dejando alguna dimensión sin analizar. También es necesario preguntarnos si nuestra primera reacción es únicamente buscar soluciones inmediatas o si más bien estamos pensando en lo que debemos cuidar, reparar o transformar para contribuir al bien común y al cuidado de la Casa Común.

La encíclica Laudato si´ plantea el desafío de transformar nuestra manera de pensar y actuar. Invita a asumir como premisa que todo está interconectado, todo está relacionado y, por lo tanto, todas nuestras acciones e inacciones tienen consecuencias. Estos efectos pueden ser consecuencia tanto de decisiones individuales como de acciones y decisiones colectivas. Reconocer esta interconexión nos ayuda a asumir una responsabilidad más consciente por la manera en que vivimos, educamos, acompañamos y actuamos en comunidad.



CLAVE 2

EL CLAMOR DE LA TIERRA Y EL GRITO DE LOS POBRES

> *"No puede ser real un sentimiento de íntima unión con los demás seres de la naturaleza si al mismo tiempo en el corazón no hay ternura, compasión y preocupación por los seres humanos".*
> (Laudato si´, 91)

La crisis socioambiental no afecta a todas las personas de la misma manera ni en la misma medida. Mientras que algunos grupos sociales y países cuentan con los medios y las capacidades suficientes para protegerse o adaptarse a las condiciones actuales, millones de personas viven sin protección y están expuestas a la contaminación, el deterioro de sus territorios y el impacto del cambio climático, como sequías, inundaciones y granizadas.

El Papa Francisco señaló que la mayoría de los problemas que aparecen en nuestras sociedades forman parte de una degradación que no se puede medir o evaluar solamente en términos económicos, como la violencia y el narcotráfico. El crecimiento de la economía y el avance de la tecnología de los últimos dos siglos *"no ha significado en todos sus aspectos un verdadero progreso integral y una mejora de la calidad de vida. Algunos de estos signos son al mismo tiempo síntomas de una*

> *"Dios ha dado la tierra a todo el género humano para que ella sustente a todos sus habitantes sin excluir a nadie ni privilegiar a ninguno. […] no sería verdaderamente digno del hombre un tipo de desarrollo que no respetara y promoviera los derechos humanos, personales y sociales, económicos y políticos, incluidos los derechos de las naciones y de los pueblos" (LS, 93).*

verdadera degradación social, de una silenciosa ruptura de los lazos de integración y de comunión social" (LS, 46).

La degradación de la Tierra y la degradación humana ocurren simultáneamente

Cuando los procesos económicos interactúan con el ecosistema, como la minería de oro en los ríos de la Amazonía, vemos la relación entre la degradación ambiental y la degradación humana, y cómo la población se ve afectada de diferente manera. De acuerdo con el informe publicado por OXFAM[5], se puede observar cómo la extracción de oro destruye de manera directa la cobertura vegetal para instalar campamentos, contamina los ríos y la tierra debido al uso del mercurio, altera el cauce de los ríos por el dragado de arena y tierra de las orillas y del fondo. Esta actividad tiene consecuencias directas en la salud de las comunidades que viven alrededor, principalmente por envenenamiento con mercurio acumulado en el cuerpo a causa del consumo de peces. La contaminación del agua y la deforestación tienen un impacto directo en la alimentación de las comunidades, que viven principalmente de la pesca, la caza, la recolección y la agricultura de subsistencia. Además, la ocupación de los territorios por los campamentos mineros provoca el desplazamiento de las comunidades hacia otros lugares, cambiando su estilo de vida, fracturando la cohesión social debido a la incorporación a la actividad minera de algunos miembros de sus comunidades y la erosión de la identidad cultural de las comunidades como resultado del contacto con otros modos de vida.

Un estudio realizado por la Universidad Mayor de San Andrés y el Centro de Documentación e Información revela las siguientes consecuencias de la minería del oro en el norte de La Paz:

- Curso de ríos alterados por dragas masivas: Río Madre de Dios, Beni, Tuichi, Kaka.
- Contaminación hídrica con más de 133 toneladas de mercurio vertidas al año.
- Deforestación acelerada en áreas protegidas de gran riqueza en biodiversidad, como Madidi y Apolobamba.
- Niveles de toxicidad alarmantes en las comunidades indígenas Esse Ejja, Tsimane, Mosetén (casi siete veces el límite máximo tolerable establecido por la Organización Mundial de la Salud).
- Pérdida de seguridad alimentaria por peces sumamente contaminados.
- Amenazas físicas y pérdida de la cohesión comunitaria.

5 A fuego y mercurio. Crisis ecológica y desigualdad en Bolivia. OXFAM Bolivia. Octubre de 2024. La Paz - Bolivia

Al menos 951 comunidades indígenas afectadas y en riesgo directo en la región fronteriza compartida entre Bolivia, Perú y Brasil.

El deterioro de nuestro medio ambiente y de la sociedad no es un tema que se deba abordar de manera separada o independiente, ya que los problemas ambientales también están relacionados con las personas y sus condiciones de vida.

La encíclica también pone de relieve que las personas vulnerables quedan excluidas y fuera de los debates políticos y económicos internacionales. El Papa Francisco afirmó que *"no podemos dejar de reconocer que un verdadero planteo ecológico se convierte siempre en un planteo social, que debe integrar la justicia en las discusiones sobre el ambiente, para escuchar tanto el clamor de la tierra como el clamor de los pobres"* (LS, 49).

"El ambiente humano y el ambiente natural se degradan juntos, y no podremos afrontar adecuadamente la degradación ambiental si no prestamos atención a causas que tienen que ver con la degradación humana y social" (LS, 48).

Los costos de la crisis no se distribuyen de manera equitativa

El deterioro del medio ambiente no ha sido provocado por todos los países en el mismo grado. Así como lo ha expresado el Papa, *"la inequidad no afecta solo a individuos, sino a países enteros"* (LS, 51). Francisco subrayó que la "deuda ecológica" que existe entre los países del Norte y los países del Sur se debe principalmente al desequilibrio en las relaciones comerciales y al consumo desproporcionado de los recursos naturales. Esta deuda ecológica se manifiesta en la realidad actual. Por ejemplo, la extracción de materias primas provoca contaminación, deteriora el medio ambiente y afecta la biodiversidad y los medios de vida de comunidades y poblaciones locales.

El cambio climático es otro caso que ilustra la distribución desigual de la responsabilidad y las consecuencias. El calentamiento global se refiere al aumento de la temperatura media en la atmósfera y en la superficie de la Tierra como resultado de la acumulación de gases de efecto invernadero (principalmente el dióxido de carbono y el metano) producidos por la actividad humana. La quema de combustibles fósiles (derivados del petróleo y el carbón) para el transporte y la generación de electricidad, tanto a nivel industrial como residencial, representan el 75% de las emisiones, mientras que el 25% restante se asocia a la ganadería intensiva y la deforestación.

Por consiguiente, debido a la actividad humana la temperatura global está aumentando y el equilibrio del clima en el planeta está cambiando. Como resultado se están presentando fenómenos meteorológicos extremos, como las tormentas que provocan inundaciones, sequías y olas de calor que provocan muertes. Estas consecuencias revelan las desigualdades, ya que los países más pobres carecen de los recursos y la infraestructura necesarios para enfrentar los problemas mencionados.

Lo mismo ocurre con los países y territorios más pobres que no tienen las condiciones necesarias para enfrentar amenazas a la salud como la propagación de infecciones virales transmitidas por mosquitos (el dengue y la malaria), o las enfermedades respiratorias causadas por la contaminación del aire. El Papa Francisco señaló: *"Las regiones y los países más pobres tienen menos posibilidades de adoptar nuevos modelos en orden a reducir el impacto ambiental, porque no tienen la capacitación para desarrollar los procesos necesarios y no pueden cubrir los costos. Por eso, hay que mantener con claridad la conciencia de que en el cambio climático hay responsabilidades diversificadas y, como dijeron los Obispos de Estados Unidos, corresponde enfocarse «especialmente en las necesidades de los pobres, débiles y vulnerables, en un debate a menudo dominado por intereses más poderosos»"* (LS, 52).

"El calentamiento originado por el enorme consumo de algunos países ricos tiene repercusiones en los lugares más pobres de la tierra, especialmente en África, donde el aumento de la temperatura, unido a la sequía, hace estragos en el rendimiento de los cultivos" (LS, 51).

Cuando un territorio se considera solo como un recurso

En muchos casos, existe una actitud específica hacia el territorio y los bienes de la Creación. Con la transformación de la naturaleza en un objeto de explotación, las personas y las comunidades también pueden ser tratadas según su utilidad, su capacidad productiva y su capacidad para proteger sus intereses.

Es por eso que desde la perspectiva cristiana no se puede aceptar una sociedad donde las personas sean tratadas como desechables y que algunas comunidades paguen de manera sistemática los costos del desarrollo mientras que otras se benefician de él.

Francisco también advirtió que es inaceptable considerar a todos los demás seres vivos como objetos de la dominación arbitraria de la humanidad. Si la naturaleza es vista únicamente desde la perspectiva de la ganancia, esa misma arbitrariedad puede trasladarse a la sociedad donde los que tienen mayor poder se apropian de los recursos, mientras que los demás siguen subordinados a ellos.

Las empresas, y especialmente las multinacionales, prefieren operar en países con menos regulación y controles: agotan los recursos naturales y, al finalizar sus actividades, dejan problemas ambientales y la destrucción permanente de los medios de vida de las comunidades.

> *"Cuando se propone una visión de la naturaleza únicamente como objeto de provecho y de interés, esto también tiene serias consecuencias en la sociedad. La visión que consolida la arbitrariedad del más fuerte ha propiciado inmensas desigualdades, injusticias y violencia para la mayoría de la humanidad, porque los recursos pasan a ser del primero que llega o del que tiene más poder: el ganador se lleva todo"* (LS, 82).

Un solo corazón, una sola responsabilidad

No existe separación entre nuestro trato a la Creación y la forma en que tratamos a las personas. El Papa Francisco explicó que la indiferencia e incluso la crueldad hacia otras criaturas termina, de alguna manera, trasladándose a la actitud hacia los seres humanos, y que la paz, la justicia y la preservación de la Creación son cuestiones íntimamente unidas y no pueden tratarse por separado. Una cultura que normaliza la indiferencia ante el dolor o el abuso difícilmente podrá construir relaciones de cuidado hacia la naturaleza. Del mismo modo, la defensa de la naturaleza que no tome en cuenta a los pobres y excluidos es incompleta.

Esto significa que la preocupación ambiental no es una elección entre las personas y el medio ambiente. La preservación de la vida nos exige cuidar las relaciones que la hacen posible. Francisco nos dijo que la Creación es un lugar de la presencia de Dios que nos abre a la admiración, al respeto y a la gratitud.

> *"No podemos pretender sanar nuestra relación con la naturaleza y el ambiente sin sanar todas las relaciones básicas del ser humano"* (LS, 119).

La Tierra es un bien común

Recogiendo las palabras de san Juan Pablo II, el Papa Francisco sostuvo que Dios nos dio la Tierra como un lugar para el sustento de todos sus habitantes, lo que reafirma la dignidad del ser humano y la vigencia de sus derechos. Por lo tanto, el medio ambiente no puede ser considerado solamente como un bien o una propiedad privada, ni solo como un asunto que concierne únicamente a los que viven en este territorio. *"El medio ambiente es un bien colectivo, patrimonio de toda la humanidad y responsabilidad de todos"* (LS, 95).

Esta afirmación desafía la idea extendida de que el mercado resolverá por sí solo los desequilibrios sociales y ambientales. El Papa enfatizó que el mercado, por sí mismo, no va a garantizar el desarrollo humano

integral ni la inclusión social. Por el contrario, *"tenemos un «superdesarrollo derrochador y consumista, que contrasta de modo inaceptable con situaciones persistentes de miseria deshumanizadora»"* (LS, 109).

No se trata de rechazar la economía, sino de recordar que debe servir a la vida y al bien común, y no convertirse en un criterio absoluto para decidir qué debe ser protegido.

¿QUÉ SIGNIFICA ESTO PARA NUESTRA TAREA?

La crisis ecológica tiene causas y consecuencias humanas tan profundas que la educación no puede limitarse a informar sobre el cambio climático, la contaminación o la pérdida de biodiversidad. Es necesario dar un paso más hacia la formación de una sensibilidad capaz de reconocer la relación entre la degradación del medio ambiente, la pobreza, la desigualdad y exclusión.

Necesitamos ampliar la mirada para comprender que un bosque, por ejemplo, es mucho más que un terreno con árboles: es un ecosistema, un territorio donde viven comunidades y que es su fuente de alimento y sustento. Un río puede ser parte del paisaje, pero también es fuente de agua, alimento, trabajo y vida. Una sequía no solamente significa la falta de lluvia: implica el deterioro del hábitat de vegetación y animales, la pérdida de cosechas y reducción de ingresos para los productores, inseguridad alimentaria para quienes consumen esos productos, migración y mayor vulnerabilidad para muchas familias.

La crisis ambiental tiene rostros concretos que debemos aprender a reconocer dándonos cuenta de que no nos afecta a todos por igual. Además, es necesario fomentar el pensamiento crítico para que niñas, niños, adolescentes y jóvenes cuestionen el progreso y reconozcan que éste no puede medirse únicamente por el crecimiento económico cuando conlleva deterioro ambiental y miseria.

La educación también debería apuntar a reconocer quiénes están detrás de estas decisiones económicas y quiénes se benefician de ellas. Formar para el cuidado de la Casa Común implica, entre otras cosas, desarrollar la sensibilidad hacia las personas que sufren las consecuencias de la degradación ambiental, y darse cuenta de que su situación no puede quedar relegada a un segundo plano.

Para los agentes pastorales, el clamor de la tierra y el grito de los pobres significa integrar una mirada de justicia en el acompañamiento a las comunidades. Escuchar el grito de los pobres implica reconocer las condiciones que afectan su dignidad y su vida diaria, pero también prestar atención a las estructuras y decisiones que generan o agravan esas condiciones. La opción preferencial por los pobres, desde esta perspectiva, incluye defender los bienes y territorios que son fundamentales para su supervivencia.

¿QUÉ PODEMOS TRANSFORMAR?

Una primera transformación consiste en dejar de ver la crisis ambiental como algo separado de la justicia social. Cuando analizamos un problema, debemos preguntarnos quiénes están siendo afectados, quiénes tienen menos posibilidades de protegerse, quiénes toman las decisiones y cómo se reparten los beneficios y los costos.

En la práctica educativa, se necesita revisar nuestras propias acciones. Debemos preguntarnos si estamos formando para el cuidado de la Casa Común o para el consumo sin límites. ¿Ayudamos a analizar las causas humanas de la crisis socioambiental y sus efectos sobre la naturaleza y los grupos más vulnerables?

En la práctica pastoral y educativa, escuchar el clamor de la tierra y el grito de los pobres exige transformar nuestra forma de actuar. Se trata de pasar de la indiferencia al cuidado, preguntarnos qué tipo de vida estamos manteniendo y quiénes están pagando el costo de nuestras acciones.

Podemos transformar la acción pastoral cuando hacemos de la escucha de las personas más vulnerables una fuente real de discernimiento y no solamente un momento de atención o asistencia. Esto exige preguntarnos si las personas más vulnerables que viven situaciones de mayor precariedad tienen espacio para expresar su experiencia y participar en la búsqueda de respuestas.

También podemos revisar la relación entre acompañamiento y acción comunitaria. La acción pastoral no está llamada únicamente a aliviar las consecuencias de determinadas situaciones, sino también a ayudar a reconocer causas, fortalecer solidaridad, promover y acompañar a las comunidades en la búsqueda de respuestas que restituyan su dignidad.



EL PARADIGMA TECNOCRÁTICO Y LA CULTURA DEL DESCARTE

> *"Un desarrollo tecnológico y económico que no deja un mundo mejor y una calidad de vida integralmente superior no puede considerarse progreso".*
> (Laudato si', 194)

¿Qué entendemos realmente por progreso? Durante mucho tiempo hemos asociado el desarrollo con producir más, generar mayor riqueza, consumir más y acceder a nueva y mejor tecnología. Muchas de estas transformaciones han mejorado las condiciones de vida de millones de personas y la ciencia y la tecnología han aportado conocimientos, herramientas y soluciones que antes parecían imposibles. El problema surge cuando dejamos de preguntarnos para qué utilizamos ese poder, quién se beneficia de él, quién financia los costos y cómo afecta la vida humana y la Creación.

Francisco no rechazó el avance de las ciencias ni de la tecnología. Por el contrario, reconoce que *"son un maravilloso producto de la creatividad humana donada por Dios"* (LS, 101). La tecnociencia, cuando se dirige bien, puede crear bienes valiosos que mejoren la calidad de vida. Lo que se pone en cuestión es que el aumento de la capacidad técnica y económica sea considerado automáticamente un aumento del bienestar.

Ya en 1970, el Papa Pablo VI advertía que *"los progresos científicos más extraordinarios, las proezas técnicas más sorprendentes, el crecimiento económico más prodigioso, si no van acompañados por un auténtico progreso social y moral, se vuelven en definitiva contra*

el hombre" (citado en LS, 4). Más de cuatro décadas después, Francisco retomó esa preocupación y la desarrolló frente a un mundo donde el poder tecnológico ha alcanzado una escala sin precedentes.

Cuando la técnica deja de ser solo una herramienta y se convierte en una forma de pensar

La tecnología forma parte de nuestra vida diaria. Está presente en la medicina, la educación, las comunicaciones, la producción de alimentos, el transporte y en casi todas las actividades que realizamos. El problema no está en utilizar herramientas tecnológicas, sino que una manera de pensar llegue a extenderse mucho más allá de la tecnología y se convierta en el modo de entender toda la realidad.

El Papa llamó paradigma tecnocrático a esta forma de ver el mundo. Según su análisis, no se trata solo de que la tecnología tenga mucho poder, sino de que su lógica influya en las decisiones económicas, políticas, culturales y sociales. Como explica la encíclica, muchas dificultades del mundo actual están relacionadas con la tendencia a convertir *"la metodología y los objetivos de la tecnociencia en un paradigma de comprensión que condiciona la vida de las personas y el funcionamiento de la sociedad"* (LS, 107).

Cuando esto ocurre, la capacidad de producir, transformar, extraer o consumir se convierte en el único criterio para justificar una decisión, sin pensar en sus consecuencias humanas, sociales o ambientales.

El Papa Francisco advirtió que el poder tecnológico puede generar avances extraordinarios y, al mismo tiempo, puede concentrar un poder enorme en manos de quienes tienen el conocimiento y, sobre todo, los recursos económicos para usarlo. La humanidad nunca había tenido tanto poder sobre sí misma, pero ese poder no asegura que lo usemos bien.

La pregunta, entonces, no es solo qué podemos hacer, sino también qué debemos hacer, para qué, con qué límites y al servicio de quién.

> *"Nunca la humanidad tuvo tanto poder sobre sí misma y nada garantiza que vaya a utilizarlo bien, sobre todo si se considera el modo como lo está haciendo" (LS, 104).*

No todo incremento de poder significa progreso

Una sociedad puede producir más y, sin embargo, vivir peor. Puede tener tecnologías cada vez más avanzadas y, al mismo tiempo, enfrentar mayores desigualdades, daño al medio ambiente, aislamiento social o una menor calidad de vida.

Francisco cuestionó la idea de que cualquier avance en el poder tecnológico o económico es automáticamente progreso. En realidad, el desarrollo de nuestras capacidades no siempre ha ido acompañado por un crecimiento similar en responsabilidad, conciencia y valores. La tecnología puede ampliar mucho lo que podemos hacer, pero no decide por nosotros qué es bueno, justo o necesario.

"El hecho es que 'el hombre moderno no está preparado para utilizar el poder con aciertos', porque el inmenso crecimiento tecnológico no estuvo acompañado de un desarrollo del ser humano en responsabilidad, en valores, en conciencia" (LS, 105).

Esta diferencia es especialmente importante hoy, cuando muchas decisiones se justifican en nombre de la eficiencia, la productividad o el crecimiento. Un proyecto puede ser técnicamente posible y económicamente rentable; pero eso no garantiza que sea justo socialmente ni sostenible ambientalmente. Una innovación puede acelerar un proceso; pero no necesariamente mejorarlo. Un producto puede costar menos, pero ese precio puede ocultar costos para el medio ambiente o para otras personas.

El Papa lo dijo con claridad en la encíclica, si reconocemos tanto el valor como la fragilidad de la naturaleza, además de las capacidades que Dios ha dado al ser humano, debemos dejar atrás "*el mito moderno del progreso material sin límites*" (LS, 78) y aprender a dirigir y limitar nuestro poder.

Desde esta perspectiva, el verdadero progreso no se mide solo por lo que somos capaces de producir. También hay que preguntarse si estamos construyendo una vida más digna, una sociedad más justa, y condiciones que permitan que la Creación siga manteniendo la vida.



Una lógica que también organiza la economía

El paradigma tecnocrático no funciona de manera aislada. Francisco vio claramente cómo está relacionado con una economía que prioriza el rendimiento y el beneficio. Cuando el desarrollo tecnológico entra en esta lógica, la innovación puede quedar subordinada a la rentabilidad, y las consecuencias negativas se convierten en costos menores.

La encíclica señala que "*la economía asume todo desarrollo tecnológico en función del rédito sin prestar atención a eventuales consecuencias negativas para el ser humano*" (LS, 109) y cuestiona la confianza en que el mercado y la tecnología resolverán los problemas ambientales y sociales.

Esto ayuda a entender por qué buscar únicamente soluciones técnicas para cada problema puede ser insuficiente. Si un río está contaminado, podemos crear una tecnología para limpiarlo. Si una ciudad tiene problemas de congestión vehicular, podemos crear sistemas inteligentes de transporte. Si producimos muchos residuos, podemos usar tecnologías de reciclaje. Todas esas respuestas pueden ser útiles, pero ninguna responde por sí sola a la pregunta de por qué estamos produciendo, consumiendo y desechando de esa manera.

El Papa Francisco lo expresó diciendo que "*buscar sólo un remedio técnico a cada problema ambiental que surja es aislar cosas que en la realidad están entrelazadas y esconder los verdaderos y más profundos problemas del sistema mundial*" (LS, 111). La tecnología puede ayudarnos a enfrentar las consecuencias de ciertos problemas, pero si no revisamos las causas y las lógicas que los generan, corremos el riesgo de resolver un síntoma y seguir produciendo el problema.

De la lógica del uso a la cultura del descarte

Esta forma de relacionarnos con las cosas se ve muy clara en la cultura del descarte. Un objeto deja de ser valioso cuando ya no cumple la función que tenía: se compra, se usa, se reemplaza y se desecha. A menudo no nos preguntamos qué pasó antes de que ese objeto llegara a nuestras manos ni qué pasará después de que salga de nuestra casa.

El descarte no se trata solo de residuos. Expresa una forma de relacionarnos con los bienes, con el tiempo, con los territorios y con las personas. Cuando el valor de algo se mide casi exclusivamemente por su utilidad inmediata, aquello que ya no es rentable, eficiente, atractivo o conveniente puede considerarse prescindible.

> *"Estos problemas están íntimamente ligados a la cultura del descarte, que afecta tanto a los seres humanos excluidos como a las cosas que rápidamente se convierten en basura"* (LS, 22).

Francisco relacionó esta lógica con un modelo de desarrollo que crea al mismo tiempo altos niveles de consumo y situaciones de miseria. En la encíclica habla de un *"superdesarrollo derrochador y consumista"* que contrasta de manera inaceptable con situaciones de pobreza y deshumanización (LS, 109).

Los datos actuales muestran cuánta importancia tiene esta lógica. Cada año se generan aproximadamente 92 millones de toneladas de residuos textiles en el mundo. Entre 2000 y 2015, la producción de ropa se duplicó, mientras que el tiempo de uso promedio de las prendas se redujo 36%. El volumen anual de residuos textiles equivale a un camión cargado de ropa enviado a un vertedero cada segundo[6].

Algo parecido ocurre con los aparatos electrónicos: en 2022 se generaron 62 millones de toneladas de residuos electrónicos en el mundo, y solo 22,3% fue registrado como recolectado y reciclado adecuadamente[7]. El resto significa materiales, energía y recursos que se pierden, además de riesgos de contaminación de la tierra y de cuerpos de agua con metales y plásticos por no ser adecuadamente reciclados o tratados.

> *"Hoy el paradigma tecnocrático se ha vuelto tan dominante que es muy difícil prescindir de sus recursos, y más difícil todavía es utilizarlos sin ser dominados por su lógica. Se volvió contracultural elegir un estilo de vida con objetivos que puedan ser, al menos en parte, independientes de la técnica, de sus costos y de su poder globalizador y masificador"* (LS, 108).

El desperdicio de alimentos muestra una contradicción aún más clara. En 2022 se desperdiciaron cerca de 1.050 millones de toneladas de alimentos, equivalentes a casi una quinta parte de los alimentos disponibles para los consumidores en hogares, restaurantes y comercios minoristas, mientras cientos de millones de personas sufren hambre. Naciones Unidas calcula que este desperdicio genera entre 8% y 10% de las emisiones globales de gases de efecto invernadero, y cuesta más de un billón de dólares al año[8].

Estos datos no describen solo un problema de residuos. Muestran una manera de organizar la producción y el consumo donde se usan enormes cantidades de recursos para fabricar bienes que, en muchos casos, permanecen poco tiempo en nuestras manos antes de convertirse en desechos.

6 Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA), *Unsustainable fashion and textiles in focus for International Day of Zero Waste 2025* (comunicado de prensa).

7 Global E-waste Monitor 2024, Unión Internacional de Telecomunicaciones (UIT) y UNITAR.

8 PNUMA, *Informe sobre el índice de desperdicio de alimentos 2024.*

Cuando descartamos objetos, también descartamos personas

El problema no es solo producir mucha basura, sino acostumbrarnos a pensar que aquello que deja de ser útil puede desecharse sin preguntarnos por su valor, su historia o sus consecuencias. Esta lógica resulta muy preocupante cuando se aplica a las relaciones sociales. Una persona se considera valiosa mientras produce, consume o resulta útil para ciertos intereses. Pero queda relegada cuando envejece, pierde su empleo, vive en pobreza o pertenece a un grupo con menos poder.

Por eso la cultura del descarte está ligada a la dignidad humana. En la encíclica Laudato si', el Papa nos recordó que la persona no puede reducirse a objeto, y que la dignidad de cada persona exige reconocerla como alguien, nunca como algo que se puede usar.

> *"A partir de los relatos bíblicos, consideramos al ser humano como sujeto, que nunca puede ser reducido a la categoría de objeto"* (LS, 81).

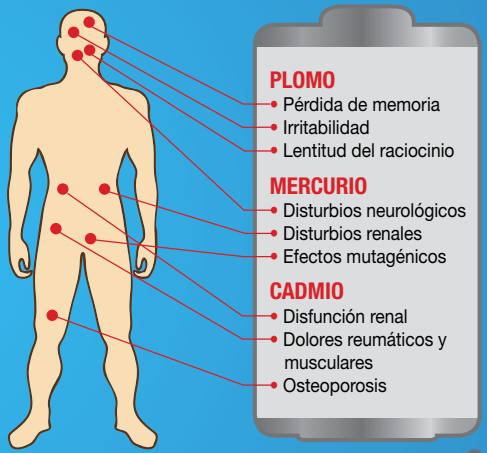
La misma lógica se ve en cómo tratamos a los territorios. Cuando una zona se valora solo por los recursos que tiene puede terminar siendo explotada hasta que ya no sea rentable. Lo que queda después puede ser contaminación, pérdida de medios de vida, agotamiento de recursos o comunidades afectadas.

Por eso el descarte no empieza cuando tiramos algo a la basura. Comienza mucho antes, cuando dejamos de preguntar por el valor de lo que usamos y por las consecuencias de nuestra forma de producir, consumir y desechar.

Un ejemplo: ¿Qué pasa cuando desechamos las pilas sin el debido cuidado?



Cuando una pila pierde su cubierta protectora libera diferentes tipos de metales pesados, los cuales dañan al ecosistema y a la salud humana.



El desafío de guiar nuestro poder

"Hoy el paradigma tecnocrático se ha vuelto tan dominante que es muy difícil prescindir de sus recursos, y más difícil todavía es utilizarlos sin ser dominados por su lógica" (LS, 81).

La encíclica no propone volver a un pasado sin tecnología ni rechaza las capacidades humanas para transformar la realidad. Su preocupación es otra: que el gran poder que hemos obtenido termine dominándonos, en lugar de estar bajo nuestro control. La tecnología ya forma parte de nuestra forma de vivir, tanto así que ya no es posible prescindir de ella. Del mismo modo, el modelo tecnocrático forma parte tan profunda de nuestra manera de pensar que, a menudo, creemos que la tecnología resolverá sola los problemas socioambientales que el estilo de vida moderno ha creado.

Por eso se necesita más que nuevas tecnologías. Hace falta criterio, capacidad de discernimiento, responsabilidad y una visión de desarrollo que ponga en el centro toda forma de vida, la dignidad humana, la justicia y el bien común.

La pregunta clave ya no es cuánto podemos producir o cuánto podemos consumir. Tampoco basta con preguntarnos si una nueva tecnología es posible. Es necesario preguntarnos qué modelo de ser humano estamos promoviendo, qué relaciones estamos construyendo y qué mundo estamos dejando como resultado de nuestras decisiones.



¿QUÉ SIGNIFICA ESTO PARA NUESTRA TAREA?

El paradigma tecnocrático y la cultura del descarte plantean un desafío educativo muy especial: crear la capacidad de discernir las ideas de progreso que están presentes en nuestra cultura. La tecnología, el crecimiento económico, la innovación y el consumo suelen mostrarse como bienes por sí mismos. La encíclica Laudato si' nos invita a preguntarnos por los criterios que se usan para valorar esos avances y por lo que puede quedar oculto cuando la eficiencia, la productividad o la utilidad se convierten en criterios dominantes.

Esto también exige formar una relación distinta con los objetos y los bienes. Aprender a cuidar, reparar, reutilizar y compartir no son solo prácticas para reducir residuos. Pueden ser una forma diferente de valorar las cosas y de entender que los bienes tienen una historia, implican recursos y trabajo, y generan consecuencias después de ser descartados.

Para la acción pastoral, el desafío es acompañar procesos que ayuden a discernir los estilos de vida y las lógicas sociales que estamos reproduciendo en las comunidades. El cuidado de la Casa Común no puede limitarse a campañas de limpieza o reciclaje. También tenemos que preguntarnos qué entendemos por bienestar, qué significa vivir con sobriedad, cómo utilizamos los bienes y qué relación establecemos entre nuestras decisiones diarias y el bien de otras personas.

Tanto desde la educación como desde la acción pastoral se puede ayudar a crear una cultura diferente a la del descarte: una cultura del cuidado, de la responsabilidad, de la solidaridad y del uso razonable de los bienes. La escuela puede ayudar a desarrollar pensamiento crítico y hábitos, y la comunidad puede alimentar esos procesos desde la fe, el discernimiento, la fraternidad y la búsqueda del bien común.

¿QUÉ PODEMOS TRANSFORMAR?

Primero, debemos revisar la idea de progreso que tomamos como cierta. Preguntarnos si lo que llamamos desarrollo realmente mejora la vida de las personas y protege las condiciones que permiten esa vida. También debemos observar nuestros propios hábitos y admitir en qué momento hemos aceptado la lógica de usar y tirar como algo normal.

En nuestras formas de enseñar y en la acción pastoral, podemos preguntarnos qué lugar damos al consumo, al cuidado, a la reparación, a la sobriedad y al uso responsable de los bienes. También podemos revisar si enseñamos a usar la tecnología como una herramienta que sirve a las personas, o si, sin darnos cuenta, terminamos aceptando que la velocidad, la eficiencia, la rentabilidad o la novedad sean las que determinen nuestras decisiones.

La transformación que propone la encíclica no consiste en rechazar la tecnología ni en idealizar una vida sin intervención humana. Consiste en recuperar la capacidad de orientar nuestro poder hacia lo que favorece la vida y el bien común. Significa cambiar la pregunta ¿qué podemos producir, comprar o desechar? a otras más exigentes: ¿qué necesitamos realmente?, ¿qué consecuencias tiene esta decisión?, ¿a quién beneficia?, ¿quién paga sus costos?, ¿qué dejamos para las próximas generaciones?

Cuando estas preguntas forman parte de nuestra manera de educar, acompañar y vivir en comunidad, comienza a cambiar la lógica que sostiene la cultura del descarte. El desafío no es producir menos, ni usar menos tecnología por principio. Es aprender a usar nuestras capacidades para una vida digna, para relaciones justas y para una Casa Común que pueda seguir siendo habitada y cuidada por todos.





LA CONVERSIÓN ECOLÓGICA

> *"Esta hermana (Tierra) clama por el daño que le provocamos a causa del uso irresponsable y del abuso de los bienes que Dios ha puesto en ella".*
> (Laudato si´, 2)

Reconocer que estamos ante una crisis socioambiental sin precedentes no es suficiente. Podemos conocer los problemas ambientales, tener información, y aun así seguir viviendo de la misma forma. Podemos hablar de sostenibilidad y mantener hábitos, decisiones y estructuras que producen aquello que decimos querer transformar. Por eso el Papa planteó un paso más en la encíclica: la conversión ecológica.

Francisco explicó que *"toda pretensión de cuidar y mejorar el mundo supone cambios profundos en «los estilos de vida, los modelos de producción y de consumo, las estructuras consolidadas de poder que rigen hoy la sociedad»"* (LS, 5). La conversión ecológica, entonces, no es solo añadir algunas prácticas ambientales, implica revisar lo que orienta nuestras decisiones, y preguntarnos qué tipo de vida estamos construyendo, qué consecuencias tienen nuestras acciones y qué relación queremos establecer con la Casa Común y con Dios.

Convertir nuestra manera de mirar y de vivir

En el lenguaje cristiano, la conversión implica volver el corazón hacia Dios y orientar nuestra propia vida de acuerdo con el Evangelio. Por eso la conversión es una transformación que tiene una dimensión interior que luego impulsa la transformación de las relaciones, las decisiones y las formas concretas de vivir.



La conversión ecológica parte de reconocer que la Creación no es un lugar que existe fuera de nosotros: somos parte de ella y dependemos de ella. El agua que bebemos, los alimentos que consumimos, el aire que respiramos, el territorio donde vivimos y las condiciones ambientales que sostienen nuestras comunidades forman parte de nuestra propia vida.

La conversión ecológica significa vivir de otra manera: pasar de usar, consumir y desechar a cuidar, ser responsables, sobrios y recíprocos. El Papa Francisco señaló en la encíclica que *"la conciencia de la gravedad de la crisis cultural y ecológica necesita traducirse en nuevos hábitos"* (LS, 209). La conciencia es necesaria, pero no basta: una persona puede saber que hay un problema y no cambiar sus decisiones. La conversión comienza cuando lo que comprendemos empieza a guiar lo que hacemos.

"Las personas terminan sumergidas en la vorágine de las compras y los gastos innecesarios. El consumismo obsesivo es el reflejo subjetivo del paradigma tecnoeconómico" (LS, 203).

Esto también implica reconocer que nuestros hábitos no son solo asuntos privados. Lo que compramos, cuánto consumimos, cuánto desperdiciamos, cuánto tiempo usamos un objeto antes de reemplazarlo y qué hacemos con aquello que ya no queremos tienen consecuencias que van mucho más allá de nuestra vida diaria.

La encíclica afirma que *"comprar es siempre un acto moral, y no sólo económico"* (LS, 206). El consumo comunica: cada decisión de compra contribuye, aunque sea un poco, a sostener ciertas formas de producir, distribuir y comercializar los bienes.

Una transformación que comienza en el corazón, pero no termina allí

El Papa advirtió que *"crece una ecología superficial o aparente que consolida un cierto adormecimiento y una alegre irresponsabilidad. Como suele suceder en épocas de profundas crisis, que requieren decisiones valientes, tenemos la tentación de pensar que lo que está ocurriendo no es cierto. Si miramos la superficie, más allá de algunos signos visibles de contaminación y de degradación, parece que las cosas no fueran tan graves y que el planeta podría persistir por mucho tiempo en las actuales condiciones"* (LS, 59). Al respecto, la encíclica habla de un comportamiento evasivo: intentamos no ver la crisis, o esperamos que los avances tecnológicos la reparen para no tener que cambiar nuestros hábitos y nuestro estilo de vida.

La conversión ecológica tiene una dimensión espiritual porque toca nuestra comprensión de la libertad y de la felicidad. Una sociedad que identifica el bienestar con la capacidad de adquirir y acumular puede terminar haciendo del consumo una respuesta frente a necesidades que no son materiales. Francisco subrayó que *"cuando las personas se vuelven autorreferenciales y se aíslan en su propia conciencia, acrecientan su voracidad. Mientras más vacío está el corazón de la persona, más necesita objetos para comprar, poseer y consumir"* (LS, 204).

La crítica no está dirigida a los bienes materiales en sí mismos. El problema aparece cuando los objetos ocupan el lugar de aquello que da sentido a la existencia: cuando tener sustituye a ser, cuando consumir sustituye a relacionarse, cuando reemplazar se vuelve más fácil que reparar, y cuando la comodidad individual termina imponiéndose sobre el bien común.



La conversión ecológica propone recuperar otra comprensión de la libertad. No se trata simplemente de poder elegir entre más productos, sino de poder elegir una forma de vida que reconozca sus consecuencias y que no necesite convertirlo todo en objeto de consumo.

De la transformación personal a la transformación cultural

La conversión ecológica comienza en las personas, pero no puede quedarse ahí. Una persona puede cambiar sus hábitos y, sin embargo, seguir dentro de sistemas que siguen generando desperdicio, desigualdad y daño al medio ambiente. Por eso Francisco señaló que lo que está ocurriendo nos obliga a enfrentar *"la urgencia de avanzar en una valiente revolución cultural"* (LS, 113).

Una transformación cultural implica revisar lo que una sociedad considera normal, lo que busca y lo que define como éxito. Tenemos que preguntarnos qué entendemos por progreso, qué papel ocupa el consumo en nuestra idea de bienestar, cómo valoramos el tiempo, qué relación tenemos con los objetos, cómo entendemos el desarrollo y qué responsabilidades asumimos con las futuras generaciones.

> *"Lo que está ocurriendo nos pone ante la urgencia de avanzar en una valiente revolución cultural. La ciencia y la tecnología no son neutrales, sino que pueden implicar, desde el comienzo hasta el final de un proceso, diversas intenciones o posibilidades, pueden configurarse de distintas maneras" (LS, 113).*

También conlleva reconocer que la ciencia y la tecnología forman parte de esta transformación. El Papa no propuso rechazarlas, por el contrario, reconoció que la humanidad tiene la capacidad para crear, investigar e innovar. Pero advierte que la ciencia y la tecnología no son neutrales, pueden usarse de distintas maneras y responder a diferentes intenciones. Por eso necesitamos aprender a orientar nuestro conocimiento y nuestro poder. La pregunta no es solo qué podemos hacer, sino para qué lo hacemos, a quién beneficia, quién paga el costo y qué consecuencias tendrá sobre las personas y sobre la Casa Común.

La conversión ecológica adquiere así una dimensión comunitaria y también profética. Una comunidad cristiana está llamada no solo a evitar ciertas prácticas, sino también anunciar otras formas de vivir. Puede mostrar, con su propia manera de relacionarse, consumir, celebrar, educar y organizarse, que el bienestar no depende de consumir sin límite, y que el cuidado no es una carga más en la vida cristiana.

La dimensión profética también consiste en hablar de lo que muchas veces permanece oculto. Cuando una comunidad pregunta por el origen de lo que consume, por las condiciones en que se produce, por

los residuos que genera o por las personas que soportan sus costos hace visible una realidad que la cultura del descarte intenta mantener oculta.

La conversión comienza en el corazón, se expresa en el estilo de vida, se fortalece en la comunidad y puede llegar a transformar la cultura. Es una respuesta de fe ante una realidad que nos interpela y, al mismo tiempo, una forma concreta de vivir la responsabilidad que tenemos como parte de la Creación.

"Cuando somos capaces de superar el individualismo, realmente se puede desarrollar un estilo de vida alternativo y se vuelve posible un cambio importante en la sociedad" (LS, 208).

Una conversión para el bien común

La conversión ecológica no es solo una forma de vivir mejor, su objetivo es el bien común.

Convertirse ecológicamente significa reconocer que la Casa Común es un bien que hemos recibido y que debemos pasar a las generaciones futuras. Implica saber que nuestras acciones afectan a otras personas, a otras comunidades y a quiénes no han nacido aún.

"El ritmo de consumo, de desperdicio y de alteración del medio ambiente ha superado las posibilidades del planeta, de tal manera que el estilo de vida actual por ser insostenible, sólo puede terminar en catástrofes" (LS, 162).

Como se explicó, no se trata de volver atrás ni de rechazar el desarrollo científico y tecnológico, sino de preguntarnos hacia dónde queremos ir y qué tipo de sociedad queremos construir. La encíclica afirma que *"la conciencia de la gravedad de la crisis cultural y ecológica necesita traducirse en nuevos hábitos"* (LS, 209).

Educar para una conversión que transforme

La educación tiene un papel fundamental en la conversión ecológica. No porque pueda resolver la crisis socioambiental por sí sola, sino porque toda transformación cultural necesita personas que comprendan, piensen y actúen.

Educar para la conversión ecológica significa superar una educación que simplemente transmite información sobre el medio ambiente. Se trata de formar una mirada capaz de reconocer relaciones, consecuencias y responsabilidades. Ayudar a ver que el cuidado de la Creación no es un tema adicional dentro del proceso educativo, sino parte de la formación integral de la persona.

"Cuando los hábitos de la sociedad afectan el rédito de las empresas, estas se ven presionadas a producir de otra manera. Ello nos recuerda la responsabilidad social de los consumidores. «Comprar es siempre un acto moral, y no sólo económico»" (LS, 206).

En este sentido, la educación pasa del conocimiento a la conciencia, de la conciencia al discernimiento y del discernimiento a decisiones concretas. Puede ayudar a preguntarnos qué necesidades son reales y cuáles han sido creadas artificialmente. Preguntar qué significa vivir bien, cuál es la relación que existe entre consumo y bienestar, y cómo nuestras decisiones afectan a otras personas y al medio ambiente.

Esta tarea también tiene una profunda dimensión cristiana. La pedagogía de la fe no se limita a transmitir contenidos: Dios enseña a su pueblo a través de una historia de relación, acompañamiento y paciencia. El Padre es el que crea, sostiene y acompaña. El Hijo enseña desde la encarnación, el encuentro, la palabra, los sentidos y el asombro; el Espíritu Santo actúa en lo profundo de las personas y las comunidades, provocando renovación y capacidad de abrir nuevos caminos.

La Trinidad revela una lógica de comunión: Dios no es soledad, sino relación. Desde esta perspectiva, educar para la conversión ecológica significa formar personas capaces de vivir relaciones más sanas con Dios, con los demás y con la Creación.

Para quienes trabajan en la pastoral, esto supone acompañar procesos. La conversión no ocurre de una vez ni puede imponerse desde fuera. Se cultiva mediante la escucha, la reflexión, el testimonio,







la celebración y decisiones concretas que permitan experimentar otras formas de relacionarse con los bienes, con el entorno y con la comunidad.

¿QUÉ SIGNIFICA ESTO PARA NUESTRA TAREA?

Para quienes educan y acompañan comunidades, la conversión ecológica plantea una pregunta que va más allá de qué contenidos incorporar o qué prácticas ambientales promover. Nos invita a revisar qué tipo de persona y qué tipo de comunidad estamos ayudando a formar.

La conversión ecológica no se enseña como un contenido. Se cultiva mediante experiencias educativas coherentes, mediante el testimonio de los adultos y mediante una cultura escolar que permita experimentar otras formas de relacionarse con los bienes, con las personas y con la Creación.

En la acción pastoral significa acompañar procesos en los que la fe pueda iluminar las decisiones cotidianas y las situaciones concretas de las comunidades. La preocupación por el agua, los alimentos, los residuos, el territorio o las condiciones ambientales no está fuera de la misión pastoral: puede convertirse en un espacio para vivir la responsabilidad cristiana, fortalecer la solidaridad y cuidar la vida.

La pastoral tiene aquí una tarea de acompañamiento y de discernimiento. La conversión cristiana implica reconocer, agradecer, pedir perdón, cambiar y volver a orientar la propia vida. Cuando este proceso se vive comunitariamente, puede generar nuevas formas de celebrar, servir, compartir y asumir responsabilidades frente a la realidad.

¿QUÉ PODEMOS TRANSFORMAR?

Podemos empezar por revisar lo que hemos llegado a considerar normal. ¿Qué papel ocupa el consumo en nuestra idea de bienestar? ¿Qué hábitos debemos cuestionar porque generan desperdicio o porque trasladan sus costos a otras personas y a otros territorios? ¿Qué decisiones de nuestra comunidad pueden expresar de forma más coherente el cuidado de la Casa Común?

También podemos preguntarnos qué estamos enseñando, incluso si no lo decimos abiertamente. ¿Estamos formando personas capaces de discernir, o solo consumidores? ¿Ayudamos a comprender las consecuencias de nuestras decisiones? ¿Permitimos que la realidad del territorio, de las personas vulnerables y de las futuras generaciones entre en nuestras decisiones educativas y pastorales?

En el ámbito educativo, podemos transformar la experiencia educativa cuando buscamos que haya coherencia entre lo que enseñamos y la cultura que construimos dentro de la escuela. La conversión ecológica nos invita a preguntarnos qué comportamientos, relaciones y formas de valorar a las personas y a la naturaleza estamos transmitiendo en el quehacer educativo.

La conversión ecológica nos invita, al final, a pasar de la preocupación a la responsabilidad. No basta con saber que algo está ocurriendo; la pregunta cristiana es qué hacemos con lo que hemos visto y comprendido. La fe no solo llama a cambiar conductas personales, sino a construir comunidades capaces de expresar sus relaciones en una nueva forma de vivir.

Esto implica revisar cómo nuestras comunidades celebran, administran sus bienes, reciben a las personas, toman decisiones y se relacionan con su entorno. La conversión ecológica adquiere así una dimensión testimonial: la comunidad anuncia con su propia vida que es posible relacionarse de otra manera con los bienes, con los demás y con la Creación.

5 CLAVE

ECOLOGÍA INTEGRAL

> *"Las líneas para la solución requieren una aproximación integral para combatir la pobreza, para devolver la dignidad a los excluidos y simultáneamente para cuidar la naturaleza". (Laudato si´, 139)*

La ecología integral, a diferencia de otras propuestas ambientalistas, se trata de relaciones: de la relación entre las personas, entre economía y sociedad, entre cultura y territorio, entre las decisiones que tomamos hoy y las condiciones de vida de quienes vendrán después, entre las personas y la naturaleza. También plantea la relación con Dios, porque para la fe cristiana la Creación no es una realidad autónoma ni un conjunto de recursos disponibles para nuestro beneficio. La Creación es don, obra de Dios y espacio de nuestra responsabilidad. Al respecto, el Papa Francisco afirmó que *"no hay dos crisis separadas, una ambiental y otra social, sino una sola y compleja crisis socioambiental"* (LS, 139).

Una mirada capaz de ver el conjunto

La ecología integral parte de una constatación sencilla, pero profunda, que se explicó en el primer capítulo: todo está interconectado, la realidad no está dividida en compartimentos.

Cuando un río se contamina, no estamos solamente ante un problema ambiental. Hay personas que pueden perder una fuente de agua, actividades económicas que pueden verse afectadas, prácticas culturales que pueden desaparecer, y decisiones políticas y económicas que deben ser comprendidas. Cuando una comunidad pierde sus medios de

vida por la degradación de un territorio, tampoco estamos solamente ante un problema económico. Están involucradas la historia, las relaciones, la cultura, la salud y las posibilidades de permanecer en ese lugar.

Francisco lo recalcó al hablar del medio ambiente como una relación entre naturaleza y sociedad: *"estamos incluidos en ella, somos parte de ella y estamos interpenetrados"* (LS, 139). Comprender un problema ambiental exige mirar también cómo funciona la sociedad. También requiere mirar cómo se organiza la economía, cuáles son los comportamientos que la producen y qué manera de entender la realidad está detrás de las decisiones.

Esta mirada integral también cambia la forma de buscar soluciones. Una respuesta puede resolver un problema inmediato y, al mismo tiempo, generar otros efectos que no fueron considerados. La encíclica recuerda, recogiendo las palabras de san Juan Pablo II, que *"toda intervención en un área del ecosistema debe considerar sus consecuencias en otras áreas"* (LS, 131).

El ser humano dentro de la Creación

El ser humano ha sido creado a imagen de Dios, lo que expresa una dignidad particular y, al mismo tiempo, una responsabilidad. Esta dignidad no significa que podamos disponer de la Creación sin límites: *"No somos Dios. La tierra nos precede y nos ha sido dada. [...] hoy debemos rechazar con fuerza que, del hecho de ser creados a imagen de Dios y del mandato de dominar la tierra, se deduzca un dominio absoluto sobre las demás criaturas"* (LS, 67).



El mandato de cultivar y cuidar la tierra no puede interpretarse como autorización para ejercer un dominio absoluto. El Papa Francisco distinguió entre "labrar" y "cuidar": labrar significa cultivar, trabajar, desarrollar las posibilidades de la tierra. Cuidar significa proteger, custodiar, preservar y guardar. Entre ambas dimensiones existe una relación de reciprocidad responsable. Esta afirmación modifica profundamente la idea de dominio: el ser humano tiene capacidad para transformar la realidad y utilizar los bienes de la Creación, pero esa capacidad está acompañada por una responsabilidad. No somos propietarios absolutos de aquello que hemos recibido.

> *"Mientras 'labrar' significa cultivar, arar o trabajar, 'cuidar' significa proteger, custodiar, preservar, guardar, vigilar. Esto implica una relación de reciprocidad responsable entre el ser humano y la naturaleza"* (LS, 67).

La Creación tampoco existe únicamente para satisfacer necesidades humanas inmediatas. Las demás criaturas poseen un valor propio ante Dios y, por su existencia, *"lo bendicen y le dan gloria" (LS, 69).* El Papa señaló en la encíclica que *"el fin último de las demás criaturas no somos nosotros"* (LS, 83). Esta afirmación tiene consecuencias para nuestra manera de relacionarnos con el mundo: la naturaleza deja de aparecer como un depósito de materias primas para ser reconocida como una comunidad de vida de la que formamos parte.

Una solidaridad que alcanza a toda la comunidad de vida

Si somos parte de la Creación, nuestra responsabilidad no termina en las relaciones entre seres humanos. La solidaridad se hace más amplia, significa reconocer que nuestra existencia depende de una red de relaciones que no hemos creado y que tampoco podemos sustituir por completo.



El agua, los suelos, los bosques, los animales, los ecosistemas y los ciclos naturales hacen posible nuestra vida. Al mismo tiempo, las acciones humanas transforman esas condiciones; por eso cuidar la Creación no es solamente proteger algo externo a nosotros, es cuidar las condiciones que hacen posible la vida de todos.

Desde la fe, esta responsabilidad nace también del reconocimiento de que la Creación es don, lo que *"implica la amorosa conciencia de no estar desconectados de las demás criaturas, de formar con los demás seres del universo una preciosa comunión universal"* (LS, 220). La palabra comunión

"Vivir la vocación de ser protectores de la obra de Dios es parte esencial de una existencia virtuosa" (LS, 217).

supone que no se trata solamente de dependencia. La ecología integral propone una manera de habitar el mundo reconociendo vínculos, límites y responsabilidades.

El cuidado de la Creación no puede reducirse a una preocupación individual. Tiene una dimensión comunitaria y social: lo que está en juego es cómo construimos el bien común.

Una ecología que también es económica, social y cultural

La ecología integral cuestiona la idea de que la protección ambiental sea un elemento secundario del desarrollo. La encíclica establece que la protección del medio ambiente debe formar parte del proceso de desarrollo y no ser tratada de manera aislada ni secundaria. Esto significa que las decisiones económicas deben considerar sus consecuencias sociales y ambientales desde el principio, no solamente cuando aparecen los daños.

"La ecología también supone el cuidado de las riquezas culturales de la humanidad en su sentido más amplio. De manera más directa, reclama prestar atención a las culturas locales a la hora de analizar cuestiones relacionadas con el medio ambiente, poniendo en diálogo el lenguaje científico-técnico con el lenguaje popular" (LS, 143).

También significa reconocer que los territorios no son iguales y que las comunidades no viven de la misma manera. Una solución diseñada desde fuera puede ser técnicamente adecuada y, sin embargo, ignorar conocimientos locales, prácticas culturales o necesidades concretas. Por eso, Francisco sostuvo que la ecología también supone cuidar las riquezas culturales de la humanidad y prestar atención a las culturas locales, poniendo en diálogo el conocimiento científico y técnico con el conocimiento de las comunidades.

La cultura no es un elemento decorativo que se añada después de una decisión. Forma parte de la manera en que las personas comprenden su territorio, organizan su vida y se relacionan con la naturaleza. El Papa reflexionó sobre el riesgo de homogeneizar las culturas: *"La visión consumista del ser humano, alentada por los engranajes de la actual economía globalizada, tiende a homogenizar las culturas y a debilitar la inmensa variedad cultural, que es un tesoro de la humanidad. Por eso pretender resolver todas las dificultades a través de normativas uniformes o de intervenciones técnicas lleva a desatender la complejidad de las problemáticas locales, que requieren intervención activa de los habitantes"* (LS, 144).

Una ecología integral necesita, por tanto, conocimiento científico, pero también escucha. Necesita políticas públicas, pero también participación. Necesita soluciones técnicas, pero también comprensión de las culturas y de los territorios.

La justicia como parte del cuidado de la Creación

La ecología integral tampoco puede separarse de la justicia. Los bienes de la tierra están destinados a todos, por eso la encíclica nos recuerda que la propiedad privada debe estar subordinada al destino universal de los bienes, principio fundamental del orden ético y social (LS, 93).

Ya vimos que no basta con preguntarnos cuánto podemos producir o cuánto podemos conservar. También debemos preguntarnos para quién se producen los bienes. Quién puede acceder a ellos. Quién toma las decisiones. Quién paga cuando los recursos se agotan.

La justicia también tiene una dimensión temporal. La tierra no nos pertenece solo a nosotros: *"la tierra que recibimos pertenece también a los que vendrán"* (LS, 159). Las generaciones futuras no pueden participar hoy en nuestras decisiones, pero serán afectadas por ellas. La responsabilidad ecológica tiene una dimensión intergeneracional: cuidar la Creación significa reconocer los derechos y las necesidades de quienes todavía no están aquí.

> *"El principio de la subordinación de la propiedad privada al destino universal de los bienes y, por tanto, el derecho universal a su uso es una "regla de oro" del comportamiento social y el «primer principio de todo el ordenamiento ético-social»"* (LS, 93).





Una cultura ecológica necesita un nuevo modo de pensar

> *"La cultura ecológica no se puede reducir a una serie de respuestas urgentes y parciales a los problemas que van apareciendo entorno a la degradación del ambiente, al agotamiento de las reservas naturales y a la contaminación"* (LS, 111).

La ecología integral no puede construirse solo con respuestas puntuales a problemas ambientales. El Papa Francisco habló de la necesidad de una verdadera cultura ecológica, entendida como una forma distinta de ver las cosas, un pensamiento, una política, un programa educativo, un estilo de vida y una espiritualidad capaces de resistir la lógica del paradigma tecnocrático.

También cuestionó una educación que se limite a dar información sobre el medio ambiente. Señaló que *"la educación será ineficaz y sus esfuerzos serán estériles si no procura también difundir un nuevo paradigma acerca del ser humano, la vida, la sociedad y la relación con la naturaleza"* (LS, 215).

Educar para la ecología integral significa ayudar a entender que nuestra forma de vivir tiene consecuencias. Significa formar para el discernimiento, para la responsabilidad, para la solidaridad y para el cuidado. También significa recuperar la capacidad de asombro ante la Creación y reconocer que no todo tiene que ser medido por su utilidad. La educación puede ayudar a construir esa nueva mirada porque trabaja precisamente sobre la manera en que las personas comprenden el mundo y se sitúan dentro de él.





Habitar la Casa Común

La ecología integral nos lleva, finalmente, a una pregunta sobre nuestro lugar en el mundo. No somos espectadores de la Creación ni propietarios absolutos: estamos dentro, somos parte de ella, dependemos de ella y nuestras decisiones la transforman.

La mirada integral no solo busca proteger recursos naturales. Busca construir relaciones que permitan que la vida se desarrolle con dignidad. Esto implica cuidar los ecosistemas, combatir la pobreza, proteger los derechos, valorar las culturas, promover formas responsables de producción y consumo, fortalecer la participación de las comunidades y asumir la responsabilidad frente a quienes vendrán después.

El Papa Francisco nos recordó que no existen soluciones provenientes de una única manera de interpretar y transformar la realidad. También necesitamos acudir a las riquezas culturales de los pueblos, al arte, a la poesía, a la vida interior y a la espiritualidad.

La ecología integral es una invitación a ampliar nuestra mirada: a comprender que una sociedad verdaderamente sostenible no se construye con tecnología más eficiente ni con normas ambientales. Necesita personas, comunidades e instituciones que reconozcan límites, asuman responsabilidades y busquen el bien común.

> *"Deberíamos reconocer que las soluciones no pueden llegar desde un único modo de interpretar y transformar la realidad. También es necesario acudir a las diversas riquezas culturales de los pueblos, al arte y a la poesía, a la vida interior y a la espiritualidad" (LS, 63).*

La constante acumulación de opciones para consumir puede distraernos e impedirnos valorar lo que tenemos y cada momento de nuestra vida (LS, 222). Frente a esa lógica, la ecología integral propone una vida más consciente de los vínculos que la sostienen y más agradecida por lo que ha recibido.

La pregunta final no es solo qué podemos hacer para salvar la naturaleza. Es más profunda: ¿qué tipo de relación con Dios, con los demás y con la Creación queremos construir? Desde la perspectiva de la encíclica, cuidar la Casa Común es también cuidar nuestra propia humanidad, y transformar nuestra manera de habitarla forma parte de la misión cristiana.

¿QUÉ SIGNIFICA ESTO PARA NUESTRA TAREA?

Para el ámbito educativo, asumir una perspectiva de ecología integral significa cambiar la forma en que ayudamos a los estudiantes a comprender la realidad. No se trata de agregar contenidos ambientales en determinadas asignaturas, se trata de fomentar una visión que conecte lo que aprenden en diferentes áreas. Los problemas ambientales, sociales, económicos y culturales pueden verse desde distintas disciplinas, pero también desde las preguntas que la fe hace sobre la dignidad humana, el bien común y nuestra responsabilidad ante la Creación.

Esto exige crear espacios donde el conocimiento científico dialogue con la experiencia de los estudiantes, con la realidad de sus comunidades y con las dudas que surgen de su propia vida. El territorio puede convertirse en un lugar de aprendizaje: observarlo, entender cómo cambia, relacionarlo con procesos sociales y económicos. Así, el conocimiento deja de estar separado de la realidad, se forma personas capaces de entender el mundo en toda su complejidad y comprometidas a participar con responsabilidad en su transformación.

Para los agentes pastorales, asumir una perspectiva de ecología integral significa acompañar a las comunidades desde una mirada amplia de su realidad. La vida de una comunidad no puede separarse de su territorio, de sus condiciones sociales y económicas, de su cultura ni de sus vínculos con la Creación. Escuchar a las personas implica acercarse a las circunstancias concretas en las que viven y reconocer qué fortalece o amenaza la vida.

Esto requiere una pastoral que dialogue con diferentes conocimientos y experiencias. La fe puede iluminar la realidad, pero el acompañamiento pastoral también necesita escuchar a quienes conocen un territorio desde su experiencia cotidiana, a las organizaciones comunitarias, a quienes trabajan en él y a quienes viven directamente los cambios.

La ecología integral nos invita a que la pastoral no se limite a responder cuando los problemas ya se han manifestado. Puede generar espacios de encuentro, discernimiento y participación en los que las comunidades reconozcan sus desafíos, valoren sus capacidades y busquen respuestas orientadas al bien común. En este sentido, acompañar también es ayudar a descubrir que el cuidado de la Creación es parte de la vida de fe y de la responsabilidad de la comunidad cristiana.

¿QUÉ PODEMOS TRANSFORMAR?

Los profesores pueden transformar su forma de enseñar si dejan de presentar el conocimiento como una suma de áreas desconectadas. Pueden ayudar a los estudiantes a conectar lo que aprenden con la realidad que los rodea. Esto requiere revisar qué preguntas hacen, qué perspectivas incluyen y qué oportunidades ofrecen para interpretar situaciones complejas sin reducirlas a una sola causa.

Se puede transformar la experiencia educativa haciendo que la realidad del territorio entre en la escuela no solamente como un ejemplo, sino como una oportunidad para conocer, investigar, comprender y actuar. Se puede promover el diálogo entre ciencia, cultura, experiencia y fe, de manera que los estudiantes descubran que comprender la realidad también implica preguntarse por sus implicaciones humanas y éticas.

De este modo, la escuela puede ayudar a formar una nueva manera de ver la relación entre la persona, la sociedad y la Creación: no solo estudiantes que sepan más sobre problemas ambientales, sino personas capaces de relacionar conocimientos, escuchar diferentes voces, discernir y participar en la construcción del bien común.

Por otro lado, se puede transformar la acción pastoral cuando se amplía la forma de escuchar y de acompañar. Esto implica mirar a las comunidades no solamente desde sus necesidades pastorales inmediatas, sino también desde las condiciones sociales, culturales, económicas y ambientales.

También se puede transformar la manera de construir respuestas. En lugar de partir siempre de soluciones previamente definidas, se pueden generar procesos en los que las propias comunidades ayuden a comprender la situación, aporten sus conocimientos y participen en la búsqueda de caminos posibles. Esto permite reconocer capacidades que muchas veces están ocultas y fortalece el protagonismo de las personas y las comunidades.

Finalmente, se puede transformar la manera de vivir la misión pastoral entendiendo que la defensa de la dignidad humana, el cuidado de la Creación, la solidaridad y la búsqueda del bien común no son tareas separadas, sino que forman parte de una misma responsabilidad cristiana. La ecología integral es una invitación a que las comunidades muestren, a través de sus relaciones y de su acción, que la fe también tiene consecuencias en la manera de habitar y cuidar la Casa Común.

MATERIALES Y RECURSOS DE APOYO



Encíclicas y Cartas Pastorales

Encíclica Laudato si´ *Del Santo Padre Francisco sobre el cuidado de la Casa Común.* *Roma, 4 de octubre del año 2015*	
Exhortación Apostólica Laudate Deum *Del Santo Padre Francisco a todas las personas de buena voluntad sobre la crisis climática* *Roma, 4 de octubre del año 2023*	
Carta Pastoral del CELAM: Discípulos Misioneros Custodios de la Casa Común *Carta pastoral del Consejo Episcopal Latinoamericano que pone un énfasis especial en el tema de las industrias extractivas, pero, al mismo tiempo aborda los diversos aspectos que corresponden a una visión global de una ecología integral, para una auténtica Conversión Ecológica, como un acto de justicia para con la Casa Común y con las futuras generaciones.* *Bogotá – Colombia, enero de 2018*	

Carta Pastoral de la CEB: El Universo, Don de Dios para la Vida *Carta pastoral de la Conferencia Episcopal Boliviana sobre el medio ambiente y el desarrollo humano en Bolivia.* *Bolivia, 2012*	
Carta Pastoral de la CEB: Tierra, Madre Fecunda Para Todos *Carta pastoral de la Conferencia Episcopal Boliviana sobre la tenencia de la tierra y el acceso para los más pobres.* *Bolivia, 2000*	

Páginas web con recursos variados

Movimiento Laudato si´

https://laudatosimovement.org/es/

Es un movimiento guiado por el espíritu que reúne a los católicos para cumplir nuestra misión declarada, en colaboración con todas las personas de buena voluntad. El movimiento reúne a una amplia gama de organizaciones católicas y miembros comunitarios de todo el mundo. Estos miembros caminan juntos en sinodalidad y comunión con la Iglesia universal en un camino de conversión ecológica. Esforzándose por la unidad en la diversidad, los miembros de las organizaciones y de las comunidades de base se reúnen para rezar, colaborar y movilizarse en respuesta al «clamor de la tierra y el grito de los pobres».

Plataforma de Acción Laudato si'

https://plataformadeaccionlaudatosi.org/

La Plataforma de Acción Laudato Si' prepara a las instituciones y hogares católicos para caminar hacia la sostenibilidad total en el espíritu de Laudato Si'.
Patrocinada por el Dicasterio del Vaticano para el Servicio del Desarrollo Humano Integral, la Plataforma de Acción Laudato Si' ofrece recursos concretos para proteger nuestra casa común, en alianza operativa con el Movimiento Laudato Si'.

Semana Laudato si´

https://laudatosiweek.org/

La Semana Laudato Si' es una celebración mundial de oración, reflexión y acción en favor de nuestra casa común.
Este es el sitio oficial de la Semana Laudato Si' que recopila guías espirituales y científicas, materiales litúrgicos y propuestas concretas para la acción climática inspiradas en la encíclica.

Ecojesuit

https://www.ecojesuit.com/

Ecojesuit es la plataforma de comunicación global y el centro de recursos en línea de la Red Global Ignaciana de Promoción de la Ecología (GIAN-Ecology).
"Lanzada el 12 de noviembre de 2010, nuestra plataforma sirve como un espacio de encuentro fundamental para jesuitas, colaboradores y organizaciones comprometidas con la Ecología Integral. Somos una de las cuatro iniciativas clave promovidas por la Secretaría de Justicia Social y Ecología (SJES) de la Compañía de Jesús en Roma".
La página está en inglés, pero se puede cambiar el idioma a español.

Guías y cartillas

Cuidar la Casa Común **https://ciec.edu.co/wp-content/uploads/2020/08/CUIDAR-LA-CASA-COMUN.pdf**	
Cartilla 1 **Lo que le está pasando a nuestra casa** **https://iglesiasymineria.org/wp-content/uploads/2017/01/Laudato-Si-CARTILLA-1.pdf** *Serie de cartillas para las Comunidades Eclesiales de Base de Colombia, para trabajar y reflexionar en grupos los temas del Cuidado de la Creación.*	
Cartilla 2 **Lo que le está pasando a nuestra casa** **https://iglesiasymineria.org/wp-content/uploads/2017/01/Laudato-Si-CARTILLA-2.pdf** *Serie de cartillas para las Comunidades Eclesiales de Base de Colombia, para trabajar y reflexionar en grupos los temas del Cuidado de la Creación.*	

Cartilla "El cuidado de la Creación" **Una mirada desde el desarrollo humano, integral y solidario** **https://iglesiasymineria.org/wp-content/uploads/2017/01/Laudato-Si-CARTILLA-3.pdf** *Serie de cartillas para las Comunidades Eclesiales de Base de Colombia, para trabajar y reflexionar en grupos los temas del Cuidado de la Creación.*	
Laudato Si': Sobre el Cuidado de la Casa Común **https://www.usccb.org/resources/laudato-si-discussion-guide-spanish.pdf** *La guía incluye materiales para la oración, la reflexión y la discusión, así como ideas para ayudar a responder al llamado del papa Francisco en Laudato si'.*	
Guía de Eco-Parroquias *Una guía práctica sobre la reducción de emisiones de CO2, la promoción de estilos de vida bajos en carbono, y el cuidado de los perjudicados por el cambio climático; escrita para párrocos, consagrados, agentes de pastoral, consejos pastorales, equipos del Cuidado de la Creación y feligreses en general.*	
Guía metodológica para animar la conversión ecológica **https://repambolivia.com/wp-content/uploads/2026/09/Guia-de-Conversion_Ecologica-.pdf**	

Programas de radio y videos

Evangelio de la Creación **https://youtu.be/hjPMmsu9TJ0?si=HidtlIDcUKmJ_5lP** *Tres programas producidos por Justicia, Paz e Integridad de la Creación (JPIC) Franciscanos.*	
Serie Radial Laudato si´ **https://youtu.be/8j8vryehb-E?si=jf_jylpvyc3SsdIn** *Serie de 20 episodios producidos por la Red Eclesial Panamazónica – REPAM.*	
El viajero de Asís **https://youtu.be/PrgiaWFiS1M?si=4WLMkN73DiZreEJe** *El viajero de Asís es una serie de videos que nos habla sobre la vida cotidiana y la forma en cómo nos relacionamos con nuestra Casa Común y con nuestros hermanos y hermanas.*	

Laudato si' **https://youtu.be/XfgjRfuqxj0?si=o8rOCLgHfN6JvH6S** *Serie de 9 videos que explican cada capítulo de la encíclica Laudato si´.*	
Serie radiofónica: Cuidemos nuestra Casa Común **https://iglesiasymineria.org/2019/08/10/serie-radiofonica-cuidemos-nuestra-casa-comun/** *Serie radial de 22 episodios inspirados en la Carta Pastoral del CELAM "Discípulos misioneros custodios de la casa común: Discernimiento a la luz de la encíclica Laudato si'".*	





www.jubileobolivia.org.bo